

El liberal

LAS ENFERMEDADES DEL PATRIOTISMO

254
1923

NO HAY QUE CALUMNIAR



En un semanario gráfico, y firmado por un cronista, leemos un artículo, reclamo de un cierto libro que aunque presume de novela no es sino un producto industrial al margen de la literatura, y que debería caer en una categoría de los que se están persiguiendo. No hemos de publicar el título de esa droga.

El reclamista escribe: "Publicada un mes antes... (aquí el título de la droga), novela amarga, vibrante y cruel, de la vida de un jerifalte representativo de la triste y vergonzosa política que nos ha regido, hubiera sido perseguida y secuestrada."

¡Pues bien, no! Eso no es verdad. Y el que lo ha escrito sabe que no es verdad. El reclamista de la droga, como el droguero mismo, saben que ese jerifalte, como los otros, sean cuales fueren sus culpas, no perseguían sino por modos legales a quienes les insultaban o calumniaban, y no secuestraban ni los números de los diarios en que se les calumniaba e injuriaba ni los libros. Los de la droga saben que si hubiera seguido rigiendo su ministerio el jerifalte a que se alude, la droga habría circulado tan libremente como circula ahora. Y como la cocaína.

Aquellos jerifaltes dejaban que se criticara, y acerbamente, su gestión —nosotros la criticamos—, y dejaban hasta que se les injuriara. Y alguna vez, siendo un jerifalte de esos ministros, negó el Senado un suplicatorio para procesar a quien le injurió torpe y alevemente.

Sólo recordamos ahora un libro del que se secuestró lo que de tirada quedaba al denunciarlo, y fué las "Notas marruecas de un soldado", de Ernesto Jiménez Caballero, libro mesurado, sereno, noble y con su grano de limpia ironía. Y no fué secuestrado por instigación de los jerifaltes ni a gusto de ellos. No; los jerifaltes no perseguían ni secuestraban libros.

Los jerifaltes, que en general de todo pecaban menos de falta de inteligencia, dejaban que se les discutiera y censurara. Y entre sus mayores pecados estuvo el de condescender con "rogueros y chantagistas. Y el de criar cuervos, que ahora se vuelven a alimentarse de lo que creen sus cadáveres.

Es indecoroso que unos cuantos vividores, que solicitaron acaso favores de los jerifaltes, que explotaron lo que se está dando en llamar el antiguo régimen, muestren ahora, en que dicen que hemos entrado en uno nuevo, ese... celo—llamémoslo así por no darle su nombre—, no en denunciar pecados de los políticos, sino en inventarlos, faltando a la verdad.

Queremos creer que las cosas no llegarán en España al estado a que llegaron en Francia con el famosísimo "affaire" Dreyfus, cuando honrados ciudadanos que no eran partidarios de éste, pues no representaba ideología alguna el famoso capitán judío, ni simpatizaban con él, ni estaban siquiera convencidos de su inocencia, tuvieron que ponerse a defenderle al ver los procedimientos con que se le perseguía y se forjaban, con falsificaciones y mentiras y perjurios, pruebas que no se podía encontrar de otra manera. Queremos creer que no llegaremos a esto en España, que el Poder público lo impedirá; pero no será porque se reporte esa jauría de mastines del antiguo régimen que ahora se arriman al nuevo para aullar, ni esos cuervos que están croando.

Nada le perjudica más al nuevo—¿nuevo?—régimen que esos adeptos de última hora; esos, no ya denunciadores, sino injuriadores y calumniadores de los políticos del antiguo.

Pero hay, gracias a Dios, otros ejemplos. El 22 de septiembre, D. Federico Santander, presidente del Ateneo y de la Juventud de la izquierda liberal de Valladolid, pronunció un discurso sobre "Las enfermedades del patriotismo" en los Juegos florales celebrados en el teatro de Calderón de la Barca de aquella ciudad, y hoy, al publicarlo, se lo dedica a su caudillo, D. Santiago Alba, proclamando que mantiene su fe inquebrantable en él al verle perseguido, y que esa Juventud de la izquierda liberal de Valladolid conserva la serenidad y eleva "el corazón y el pensamiento sobre las luchas y los rencores de los hombres, para ponerlos en España". Así se habla por encima de aullidos y croídos.

No fuimos ni somos partidarios del Sr. Alba; le combatimos cuando le creímos equivocado; pero jamás se nos ocurriría inculparle ahora—menos que nunca—de culpas que sabemos no cometió—aunque cometiera otras—, y jamás de que persiguiese fuera de ley a los que le escarnecían. Y sabemos que entre las enfermedades del patriotismo, de que tan agudamente discutió D. Federico Santander, nuestro buen amigo, está la que llevó a Francia al famoso "affaire" que sirvió para depurarla, sacando incólume el sentido civil de la justicia.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES